



RECIBIDO EL 12 DE SEPTIEMBRE DE 2018 - ACEPTADO EL 13 DE DICIEMBRE DE 2018

GÓMEZ DÁVILA Y LA FILOSOFÍA COMO FORMA DE VIDA

GÓMEZ DÁVILA AND THE PHILOSOPHY AS A LIFE FORM

REVISTA BOLETÍN REDIPPE 8 (1) : 27-32 - ENERO 2019 - ISSN 2256-1536

Alfredo Abad¹

Universidad Tecnológica de Pereira

RESUMEN

La elección filosófica que se ve plasmada en la obra de Gómez Dávila se afianza íntimamente con la idea de una filosofía como forma de vida, es decir, dentro de un desenvolvimiento que no es sólo teórico sino práctico. En el autor colombiano se afianza la idea de una filosofía como manera de vivir, más que una expresión profesional que especifique un oficio.

PALABRAS CLAVE: Forma de vida, praxis, arte de vivir.

ABSTRACT

The philosophical option found in Nicolás Gómez Dávila's work is related to the idea of philosophy as a way of life, in other words, as a development that is not just theoretical but practical. By the author, the philosophy is understood as a way of life, and not as a professional expression that specifies a job.

KEY WORDS: Way of life, praxis, art of living.

Filosofía como forma de vida parece ser hoy un concepto más acerca del cual pueda la academia fomentar su labor investigativa. Si esta afirmación recibiera del todo una aprobación y un respaldo inequívoco tendría ante todo que replantearse el sentido de lo que se enuncia con el título y más, con el aspecto decisivo que formula. En realidad, de ninguna manera puede establecerse y asimilarse el hecho de subsumir esta idea a un concepto filosófico más. Atribuirle tan sólo una especificación teórica contradice el

¹ Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-7278-5797>
Profesor Titular Escuela de Filosofía Universidad Tecnológica de Pereira (Colombia). Doctor en Filosofía Universidad de Antioquia. Director del grupo de investigación *Filosofía y escepticismo*.
Ha publicado los libros *Filosofía y literatura, encrucijadas actuales* (2007), *Pensar lo implícito en torno a Gómez Dávila* (2008), *Cioran en perspectivas* con Liliana Herrera (2010) *Entre Fragmentos. Interpretaciones gomezdavilanas* (Comp.) (2017). alfredoabad@utp.edu.co



manifiesto práctico al cual se dirige y también de donde nace. En efecto, al subrayar la expresión se destaca precisamente el sentido práctico hacia donde apunta la filosofía. *Forma de vida* es entonces una manera de concebir la representatividad pragmática de un pensamiento que se liga a un enfoque del cual no debe nunca dejar de estar ligado: el desenvolvimiento en que teoría y praxis se unifican, se yuxtaponen, se ejecutan especularmente.

Este ideal proviene de una interpretación de lo que vitalmente representa la filosofía. Por eso, se puede destacar en la medida de proceder a partir de lo que se estableció en la antigüedad griega, sin que por ello haya perdido vigencia en absoluto para el mundo actual. Todo lo contrario, nada tan actual como las apreciaciones que los filósofos griegos estimaron en relación a asuntos que nunca han dejado de apremiar las disquisiciones del hombre. La vigencia, la precisa importancia de examinar las implicaciones de una filosofía ligada al ámbito vital y práctico se establece en la medida de concretar el pensamiento hacia una acción ética, moral, política, pero principalmente íntima. Ahora bien, ¿de qué se habla específicamente al destacar una acción que se cataloga como íntima? Puede muy bien entenderse la especificidad ética o política de una filosofía práctica, pero, ¿íntima? Sí, en la medida de manifestarse a través de ella una idea estrictamente personal, un estatuto en el que se disponga principalmente una consideración cuyo enfoque no margine la principal disposición del filósofo: la constitución de un cuestionamiento que nace en nuestra propia intimidad y singularidad.

Durante las últimas décadas, principalmente a partir de las consideraciones hechas por Pierre Hadot, los estudios acerca de la naturaleza de la filosofía en el pensamiento clásico se han concentrado en destacar el campo práctico y vital que la envolvía. De esta manera, se intenta resaltar una particularidad, pues la filosofía

recupera el enfoque que la consolida como la indistinguible relación entre pensamiento y vida. Aprisionada muchas veces en los muros de la academia, la filosofía ha perdido su orientación vital, práctica. De ninguna manera puede llegar a caricaturizarse esta condición, indicando que toda filosofía nacida en el ámbito académico esté definida a través de este patrón, consideración que se da a veces de manera bastante acrítica.

Sería inexacto asumir que sólo a través de estos abordajes la filosofía ha recuperado su opción práctica y vital. No la ha perdido, a partir de ciertos autores la filosofía ha identificado la necesidad de involucrar su motivación práctica. La encontramos en Schopenhauer, en Nietzsche, en Cioran, en Wittgenstein, en el mismo Heidegger². La encontramos en quienes no han hecho de la filosofía un simple ejercicio especulativo sino un compromiso de vida en el cual el pensamiento y la praxis vital juegan recíprocamente.

FILOSOFÍA COMO FORMA DE VIDA

Por supuesto, no sólo en los autores citados se puede enfocar el compromiso al cual se alude aquí. Esta actitud, pues ante todo el modo de vida filosófico es una actitud, es reconocible en gran parte de la constitución filosófica de la antigüedad. Tal es la disposición que Hadot examina:

La opción de un modo de vida no se localiza al final del proceso de la actividad filosófica, como una especie de apéndice accesorio, sino por el contrario, en su origen; es una compleja interacción entre la reacción crítica a otras actitudes existenciales, la visión global de cierta manera de vivir y de ver el mundo, y la decisión voluntaria misma; y esta opción determina, pues, hasta cierto punto la doctrina misma y el modo de enseñanza de esta doctrina.

2 Siempre es riesgoso el hecho de aludir a ejemplos con nombres concretos, en la medida de que parecieran cerrarse las posibilidades de encontrar más. Sin embargo, podría aludirse a otros filósofos que efectivamente han hecho de su filosofar un compromiso explícitamente vital.



El discurso filosófico se origina por tanto en una elección de vida y en una opción existencial, y no a la inversa (Hadot, 1998,13).

En otras palabras, es la praxis la que determina el orden teórico, aspecto que en cierto sentido aparece bastante ajeno a las consideraciones contemporáneas, al menos en lo que concierne a la actividad en la que se privilegia el ámbito estrictamente teórico como acontece en ciertos regímenes académicos. Cabe señalar además un rasgo predominante dentro de este carácter peculiar de los procedimientos filosóficos antiguos. Demandan principalmente la exigencia de una conversión del ser, una transformación que involucra un cambio que atañe fundamentalmente a la manera de vivir en todos sus aspectos. Por esa razón, se opera "(...) un cambio sustancial que compromete y acompaña no solo su pensamiento, su forma de pensar, sino su voluntad, su forma de querer y también su conducta, su forma de actuar" (Meléndez, 2015, 47) La filosofía en este caso no hace manifiesta solamente una manera de pensar el mundo, pensarse a sí mismo, sino de vivir. Y tal manera de vivir, o forma de vida, implica necesariamente un comportamiento que está condicionado por supuesto, por el contexto en el cual nace o se desenvuelve. En este sentido es fundamental comprender por qué para Hadot no es posible hacerse una idea de una filosofía al margen del marco vital y práctico que la envuelve³. No es sorprendente por ello el hecho, bastante lamentable por cierto aunque no del todo desacertado, de establecer una división tajante entre filosofía antigua y contemporánea a partir de su asimilación como *modo de vida*, como preocupación acerca de una constitución

práctica que involucra la transformación de la vida, o asimilarla simplemente como profesión.

Uno de los rasgos que ha orientado la filosofía predominantemente en el mundo contemporáneo es el hecho de reconocer en ella una actividad que se orienta principalmente hacia la consolidación de una serie de competencias históricas, lingüísticas, hermenéuticas, escriturales, que subyacen sobre todo dentro de la actividad docente, con miras a la formación del filósofo y también de una ciudadanía que se beneficia y se educa a partir de las exigencias predominantes en los modelos educativos contemporáneos. Así pues, la filosofía se destaca no sólo por ser un proceso de investigación y formación de quienes se dedican académica y profesionalmente a ella, sino también como referente de quienes, legos en ella, reciben de los primeros un tipo de educación anclado a determinadas exigencias y propósitos preestablecidos. En resumidas cuentas, el filósofo ha adquirido un estatus de profesionalización en el que cumple una función dentro de una cultura que bien ha sabido establecer las prioridades y solicitar las exigencias a cada uno de sus funcionarios. Este panorama presenta un tipo de filósofo que lamentablemente, y en muchos casos así es promulgado por él mismo, se ve como agente educativo a partir de ciertos parámetros que obviamente ha establecido el contexto predominante. En buena medida entonces, la filosofía se desenvuelve entre la labor docente y sus funciones; entre las expectativas de un profesionalismo mecanizado y una estereotipada burocratización que construye al filósofo de acuerdo a los parámetros de un simple funcionario dentro de un sistema. Por supuesto, la filosofía ha escapado a tales reducciones en muchas oportunidades. Sin embargo, en la orientación general de la misma en los contextos actuales predomina el sentido de profesionalización que hemos caracterizado superficialmente.

3 Es lo que Hadot resalta al hacer manifiesta la relación unívoca entre la filosofía y el lenguaje, precisamente teniendo presente las reflexiones que Wittgenstein ofrece al respecto. "El filósofo se encuentra en efecto inserto en cierto juego de lenguaje, es decir, en cierta forma de vida, cierta actitud, resultando por eso imposible entender el sentido de sus tesis sin antes situarlo en el juego de lenguaje que le es propio. Por lo demás, la principal tarea del lenguaje filosófico sería insertar a los oyentes de este discurso dentro de una concreta forma de vida, de determinado estilo de vida" (Hadot, 2006,306)



La objeción principal a un reduccionismo como ese, la ofrece la presentación de la filosofía no como una suma de información, de investigaciones, de recetas educativas para el hombre moderno, sino como una expresión auténtica que involucre no sólo una preocupación intelectual sino práctica, en la que se identifique el sentido de la filosofía como arte de vivir. Esta consideración sobre las opciones amplias que ofrece el filosofar ha tenido por ejemplo en las figuras de Schopenhauer, Nietzsche o Cioran, notables defensores y por ello mismo, contradictores bastante críticos del academicismo filosófico. No en vano, los rasgos de una filosofía práctica y vital en la obra de cada uno de ellos son frecuentes y lo suficientemente arraigados como para destacar su contraposición a una filosofía estrictamente profesional.

En ellos la filosofía se vive. Se nutre de una experiencia vital que la acompaña y de la cual no puede privarse a menos de enfocarse en ser una actividad estrictamente burocrática, funcional y utilitaria. Los rasgos de un filosofar que se margina del carácter profesionalizante modifican por supuesto la estimación misma de los procesos educativos que se desenvuelven hoy. Así, se pueden apreciar las dificultades y las exigencias a las que se enfrenta la filosofía en su contexto educativo. Dificultades expresadas en la reducción que ya se ha señalado y por la cual se restringen las posibilidades de la filosofía a una utilidad condicionada por exigencias culturales, económicas, sociales etc. Y exigencias a partir de la valoración en la que la filosofía pueda recuperar propósitos que no son derivables del utilitarismo reinante sino de la constitución inalienable de un modo de vida cuyo beneficio radica en la reflexión, la construcción y la transformación de la propia existencia.

GÓMEZ DÁVILA Y LA FILOSOFÍA COMO MANERA DE VIVIR

A partir de las anteriores consideraciones se ha

planteado una noción ambivalente de la filosofía, noción que de manera muy esquemática se consolida a partir de la diferenciación tajante entre filosofía antigua y moderna-contemporánea. Estas apreciaciones hacen de la primera una preocupación práctica-vital y la segunda, una orientación de tipo estrictamente conceptual alejada de una forma de vida y enfocada principalmente en el desempeño profesional. Por supuesto, esta división no es corroborable de manera absoluta. Está precisada desde una apreciación general que no puede asimilarse como una distinción radical que nuble nuestra percepción y sobre todo, la valoración de lo que en un sentido concreto y particular ha llegado a involucrar el pensamiento filosófico en cualquier época. Lejos pues de asumir una postura tan radical, remitimos la distinción a una mera estimación ilustrativa mas no concluyente acerca de la actividad propia del filosofar contemporáneo, la cual ha tenido y no en pocos casos, manifestaciones supremamente claras de lo que significa asumir esta tarea desde una proyección vital marginada de un enfoque profesional. En Gómez Dávila se reconoce esta orientación de manera bastante arraigada.

Las ópticas desde las cuales puede contemplarse la obra de un autor pueden estimarse a partir de dos consideraciones. Por una lado, el procedimiento estrictamente teórico por medio del cual la obra adquiere en la mayoría de casos el reconocimiento intelectual otorgado por las particularidades teóricas encontradas en ella, mientras por otro, la a veces inevitable correlación dada entre ese ideario y la estrecha inmediatez de la vivencia de donde surge. Es esta última particularidad la que de manera bastante sugestiva se abre cuando se aborda la obra gomezdaviliana, la cual efectivamente puede asumirse desde el contenido ideológico, por lo demás bastante vasto, como también, desde la conformación de una unidad en la que existencia y obra plasman una elección de vida



propia de un espíritu libre y aristocrático como el del pensador colombiano.

Para poder comprender esta idiosincrasia es necesario indicar los muy estrechos vínculos que unen a Gómez Dávila con una tradición caracterizada justamente por la presencia de un género de vida en el que el ocio y la contemplación se arraigan como fundamentos de la obra, signando ante todo el principio de toda presentación ideológica a partir del *ethos* en donde se sustenta. El modo de vida, el elemento eminentemente práctico, conforma el atributo primario del pensamiento. Su derivación escritural se conforma dependiente en alto grado del primero. De hecho, tal como se detallará, esta particularidad corrobora la idea de Hadot que se señaló líneas atrás, según la cual el modo de vida determina el pensamiento y en este caso, la actividad escritural del autor. Coincidentalmente, algunas de las ideas que Hadot señala con respecto a la idea de filosofía como forma de vida, fueron también expresadas (*avant la lettre*) por Gómez Dávila aunque con una particularidad: no sólo fueron especificadas en sus fragmentos, lo fueron también en la construcción práctica que se ejemplifica en su elección vital, en su particular modo de vida. De esta manera, en el autor colombiano se identifica la idea de filosofía como modo de vida, tanto desde el campo teórico expuesto en su obra, como en la corroboración práctica que la sustenta y consolida como opción vital.

En la obra gomezdaviliana pueden especificarse tres momentos que definen aspectos estilísticos y temáticos diversos. Sin embargo, tanto en *Notas*, *Textos I* como en los cinco volúmenes de sus *Escolios*, el proceso escritural se afianza ante todo en una derivación pragmática de la contemplación a la que Gómez Dávila dedicó toda su vida. Pueden establecerse entonces distinciones que particularizan los aspectos ideológicos de su pensamiento, pero la matriz práctica que los sustenta no difiere en relación

al intento cada vez más puntualizado por el que Gómez Dávila esclarece el sentido propio.

La representación de la filosofía como forma de vida puede apreciarse en distintos pasajes que involucran valoraciones directas en torno al tema. Sin embargo, es en la orientación que Gómez Dávila inserta en el proceso desde el cual plasma su pensamiento en práctica constante, en donde de mejor manera es posible identificar la consolidación de una filosofía como arte de vivir.

En su primer libro *Notas* (1954) encontramos un fragmento sumamente dilucidador y preciso:

Que la filosofía pueda parecer a algunos como una disciplina puramente intelectual, como un conjunto de conocimientos, como un grupo de investigaciones, es una singular aberración. La filosofía es una vida. La filosofía es una manera de vivir penetrada íntimamente de inteligencia y de razón, plenamente lúcida y ordenada hacia los objetos propios del espíritu. (Gómez Dávila, 2003, 164)

La asimilación de la filosofía a partir de las características que se señalan en la primera parte de la cita, y por las cuales se determina en ella un oficio teórico, niega los rasgos determinantes que consolidan el ideal de una práctica vital. Esta última no es pues la expresión que comúnmente se halla en el desempeño académico, en el derrotero profesional, en el campo de funcionarios que cumplen una labor. Es por el contrario la consolidación de un ideal de vida determinado por la lúcida asimilación de que la filosofía está íntimamente ligada al desenvolvimiento práctico. Esta definición está sustentada coherentemente con el modo de vida gomezdaviliano. Marginado de la vida académica, dedica casi enteramente



su tiempo⁴ a la reflexión filosófica en toda su extensión. Una reflexión que está determinada contundentemente por la entrega libre a una actividad que se configura por supuesto desde un contexto social que lo exime de la utilidad. Revela igualmente la especificidad de una filosofía como forma de vida anclada entre otras cosas al ideal del ocio. Esta característica se determina a partir del sentido que revela el compromiso vital de pensar la existencia desde unas condiciones bastante precisas.

Un aspecto revelador lo representa el marginamiento que Gómez Dávila realiza ante el ámbito académico y profesional de la filosofía. Está justamente relacionado con la condición del ocio, y por ello no puede entenderse aquélla sin el hecho de fundamentarse en el marco de una vida que reconoce el valor de lo inútil. En esta caracterización se ejecuta el “plan” de una filosofía como forma de vida definida a partir de la autenticidad del ocio y de lo inútil, en el sentido de la libertad que tal condición ofrece⁵.

Aquí los rastros de una figura como la de Montaigne, determinante en muchos aspectos en la obra gomezdaviliana, cobran mayor significación. En efecto, el *santo patrón* del pensador bogotano, constituye un referente preciso de lo que constituye un ideal de filosofía como forma de vida. La presencia de un compromiso vital afianzado en la reflexión fundamentada en la contemplación de la vida,

4 No es necesario indicar que cuando se afirma que las actividades de Gómez Dávila están referidas ampliamente a la lectura, el ocio, la contemplación, no se pretende con ello establecer una caricatura de su personalidad alejada de la vida mundana, como podría llegar a considerarse si se ignoraran aspectos sumamente cotidianos de su vida. Gómez Dávila sí llevó una vida particularmente concentrada en un ámbito reflexivo, sin embargo, no por ello dejó a un lado expresiones prácticas cotidianas y sociales que igualmente hicieron parte de su vida.

5 Una muy buena reflexión sobre la representatividad de lo inútil en la obra gomezdaviliana y su compleja relación con la mentalidad moderna puede rastrearse en: José Miguel Serrano Ruiz Calderón. (2018). *El Valor de lo inútil: comentario sobre las Notas de Nicolás Gómez Dávila*. En Facetas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila (Juan Fernando Mejía Ed.) (205-243). Bogotá: Universidad Javeriana.

sus vicisitudes, sus vicios, sus alcances, sus límites, todos ellos definidos desde el manifiesto auténtico de la exposición propia, corrobora el referente de constituir un pensamiento que está completamente afianzado y ligado a una consideración práctica, a un arte de la vida. Marginalizar esta proyección del derrotero de Montaigne es eliminar su más rica savia.

Precisamente porque el tiempo de vida es limitado y los cimientos de la existencia humana son endebles, el hombre debería aprovechar el margen que le queda para disfrutar despreocupadamente de los deleites de la vida. Montaigne no quiere ni la vida contemplativa hostil a los sentidos ni la vida productiva dedicada al trabajo. En una época en que la ética laboral calvinista empezaba a asentarse en Europa, Montaigne se apega al ideal antiguo del ocio. (Frey, 2013,170)

Este arte lo encontramos de manera análoga en Gómez Dávila, quien consolida una obra extraída de la vida misma, de su contemplación, afianzándose principalmente en el ideal del ocio. Es bastante importante resaltar esta condición en la medida de especificarse en ella una labor escritural derivada de la reflexión que implica un compromiso que de todas formas es una labor paciente, comprometida, libre y construida desde una experiencia inmediata que se hace trascendente. Esta transformación se da a partir de la inmersión en un modo de vida que es justamente el que genera la obra y lo que en ella se expone. Es justamente esta idea la que expresa Hadot en el sentido de resaltar cómo la opción existencial en primera instancia, configura la obra y el pensamiento dentro de los atributos que la filosofía antigua presenta. Y es también lo que el mismo pensador colombiano resalta y precisa cuando en su primer libro incorpora los elementos que a partir del ocio, configuran una vida que destaca las precisiones ya señaladas en la anterior referencia a Montaigne. “No hay que olvidar que el trabajo es una maldición. Sólo



vale el ocio voluptuoso y sutil. La vida no tiene más importancia que la de poder prestar su burda trama para que la astucia humana borde en ella los arabescos incomparables del placer y de la inteligencia” (Gómez Dávila, 2003,304) Bajo ningún punto de vista, la contemplación del mundo es la negación del mismo, ni de la vida. Por el contrario, la vida contemplativa que la inteligencia logra aprehender, se ve estimulada por el placer generado a través del ejercicio que ella procura. “La contemplación es el epicureísmo del alma bien nacida” (Gómez Dávila, 2005b, 115) Una vez más se confirma la práctica que sustenta la idea que se procura destacar en relación a un arte de vivir. La contemplación, que en Gómez Dávila adquiere una valoración muy alta, se precisa en primera instancia como modo de vida que de ninguna manera desprecia el placer, máxime cuando deriva del ejercicio mismo de la inteligencia. Así, la contemplación no se concibe como una expresión trascendente desligada del mundo, sino todo lo contrario, una manifestación que involucra también la presencia de la sensualidad, desplegada a través de una inteligencia que la extrae de su condición inmanente. Una vida entonces determinada por una inteligencia y sensualidad que la nutren de saber y placer enteramente compenetrados.

Esta misma opción de vida es la que se encuentra en uno de los mayores referentes Gómez Dávila nos: Aulo Gelio. En este escritor también se puede resaltar una práctica vital que enfoca ciertas actividades consolidadas en sus *Noches Áticas*. Estas actividades instauran un régimen de vida que en el caso Gómez Dávila no se reitera constantemente. “Gómez Dávila hace suya la advertencia que Aulo Gelio hacía a sus lectores: esta obra está destinada a los hombres que encuentran su placer y su desempeño en la lectura, la escritura y la meditación/comentario. A través de estas cuatro actividades –leer (*lectitando*), indagar (*percontando*), escribir (*scribendo*),

comentar o meditar (*commentando*)-, se dibuja lo que Pierre Hadot llamó una *elección de vida*” (Rabier, 2017,42) Estos ejercicios entonces componen una muy definida constitución práctica que expone un ideal frente al cual la noción moderna y contemporánea de filosofía toma gran distancia. En efecto, se trata de una serie de actividades en la que el valor de lo inútil cobra especial importancia, desarrollándose en un medio en el cual el ocio tiene su centro.

FORMA DE VIDA Y EJERCICIO PROFESIONAL

En la medida de destacar los aspectos en que el ocio, la contemplación y el placer se conjugan en la actividad vital de una filosofía práctica, Gómez Dávila realiza igualmente una crítica contra los ejercicios profesionales y en especial contra la actividad del régimen universitario, en especial la concepción de filosofía como una función al servicio estatal, la cual se hace manifiesta en muchas de las expresiones que rigen hoy el quehacer académico. Atareado por múltiples formas de compromiso burocrático, el filósofo profesional ejerce su actividad alejado en gran medida del ocio y la contemplación. Máxime cuándo desde esta última se hace un énfasis recurrente a la soledad, a una condición en la que se vive de manera marginal. En esta particularidad es identificable por ello una vez más, una forma de vida que sustenta el ejercicio filosófico. Es posible igualmente contraponer a esta manera de comprender la filosofía, el hecho de que en tanto compromiso dialógico con un entorno social y político, la reclusión en una *torre de marfil* y el marginamiento al cual se condiciona una elección de vida tal, se estime desde una óptica negativa. En efecto, esta opción de vida no necesariamente hay que consolidarla como un referente al cual haya que aludir ni como el único, ni tampoco como el más destacable. Se trata simplemente de un referente entre muchos, o mejor, entre muchas



opciones de vida⁶. El alejamiento que se reitera en este caso ante el compromiso académico, tiene una serie de apreciaciones bastante atractivas que vale la pena tener presente. Sin embargo, unificar la opción de vida filosófica a partir de un parámetro único sería cerrar los horizontes de una manifestación que ante todo en la pluralidad tiene su origen y su desarrollo. Por ende, el modo de vida que Gómez Dávila, Montaigne, y muchos otros han procurado para sí, es una posibilidad entre muchas.

Ahora bien, en esa posibilidad sobresale la consideración crítica que ella logra establecer. Más que incorporar un ejemplo a seguir, dentro de dicha opción vital se conforma una serie de elementos que fustigan ciertos ejercicios profesionales y académicos de la filosofía sobre los que necesariamente han de precisarse ciertos puntos. Las objeciones gómezdávilañas, coincidentes en varios puntos con el rechazo hacia la academia y la profesionalización de la filología que hiciera Nietzsche en buena parte de su obra, hay que asimilarlas como estímulos mismos al ejercicio filosófico. Si se consolidara esta oposición simplemente como un enfrentamiento radical que no proporcionara mayores ventajas, deberían establecerse entonces las oposiciones sin que de ella se extrajeran posibilidades de interpretación de un ejercicio como el que procura la docencia y la enseñanza filosófica. En otras palabras, destacar la opción de vida filosófica gomezdaviliana y enfocarla como referente implicaría un rechazo total de la constitución sobre la cual la filosofía contemporánea ha estipulado principalmente su acción: la academia.

Al margen de la idea de una filosofía profesional, Gómez Dávila enfatiza en los atributos que respaldan mejor una actitud, un desempeño,

⁶ Valdría la pena considerar desde esta misma postura, en qué medida la actividad docente y profesional de la filosofía pueda ser asimilable igualmente a un modo de vida. Se trata también de una vocación a la cual difícilmente se le podría excluir un enfoque que como opción vital tenga en la investigación y en la enseñanza sus propósitos más altos.

una práctica. “Mientras mayor sea la importancia de una actividad intelectual, más ridícula es la pretensión de avalar la competencia del que la ejerce. Un diploma de dentista es respetable, pero uno de filósofo es grotesco”. (Gómez Dávila, 2005a,164) Contra la actividad estrictamente funcional de la filosofía, útil, profesional, sobresale el envite gomezdaviliano que resalta negativamente esta caracterización. En dicho aspecto, se sirve con mucha frecuencia de la figura del intelectual y del profesor para insistir en los manifiestos de una labor que para él carece de autenticidad en la medida de estar sometida a los límites impuestos por una cultura filisteas. “La cultura literaria y filosófica, que fue hasta ayer el costoso orgullo de una clase, es hoy el negocio de un gremio” (Gómez Dávila, 2005a,135) No poca razón tiene si nos remitimos a la que en buena medida hoy se ha convertido en una actividad de mercachifles y de comerciantes en materia educativa en general. Perdido el ámbito del ocio y de cierto vagabundeo investigativo que se expresa como raíz de las preocupaciones filosóficas, el profesor o intelectual moderno tiene que enfrentarse a un sistema burocrático en el cual es él mismo un funcionario más.

Pensar por el contrario, no puede depender de un número de *papers* que como imperativo oficial de la escritura académica, ha colonizado el discurso y el oficio de manera bastante amplia, a partir de parámetros que no revelan la amplitud del filosofar en toda su extensión. En buena medida, este atentado no es más que un recurso de la barbarie desplegada por la supremacía del especialista, un tipo de languidez ilustrada y teórica que habita en su propia ceguera ante la vida y sus posibilidades. En estas se ofrece y vive la filosofía, como espacio en el que el hombre mora, del cual nutre su actividad, precisa de su amplitud para recorrer los caminos que abre en sus búsquedas sin marginar el suelo fecundo y vital de donde



surgen sus inquietudes. Es esto precisamente lo que recalca el pensador colombiano:

El ser del hombre es la materia profunda y real de lo que crea, no los objetos que maneja, las especies que elabora. El espíritu, al fin y al cabo, no puede huir del hombre en que mora, la carne impura donde tiene su asiento, su raíz y su fin. Si, olvidadizo de la eterna ley que lo ata a la vida, intenta remontarse a un puro cielo intelectual, la justiciera venganza vigilante, que vela sobre la esencia de las cosas, lo castiga entregándolo a la barbarie que su torpe atrevimiento engendra. (Gómez Dávila, 2003,244)

El intento de desligar el ejercicio académico de la filosofía no podría ser hoy más que una quimera. Separarlos radicalmente, aunque sea posible en algunos espíritus marginales, no dejaría de ser un sueño al cual habría que calificar de febril. Más que enfatizar en un radicalismo que oponga el marginamiento filosófico al ejercicio profesional, es necesario considerar la estipulación de una filosofía como forma de vida que logre, en la medida de lo posible, corresponder a la alta exigencia de consolidar un pensamiento que esté anclado a las manifestaciones vitales, cotidianas y auténticas que nutren la especulación. La filosofía ha nacido en cada filósofo a partir de una orientación vital. Desdeñar esta condición entregándose a búsquedas respaldadas por motivaciones burocráticas y sustentadas por la exigencia de llenar formatos no es más que una vana actividad que desdibuja el trabajo libre y fecundo de quien piensa y dialoga desde sus propias motivaciones e impulsos. La contemplación, la búsqueda teórica, no puede marginar la imprescindible conexión con la orientación vital de donde surge. La filosofía no es una incongruente sucesión de especulaciones desligadas del fértil suelo que la vida abona. Desde esta óptica la filosofía no es sólo una manera de vivir, sino la vida misma

hecha arte desde el pensamiento y la acción recíprocamente entrelazados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Frey, Herbert (2013) *En el nombre de Diónysos. Nietzsche el nihilista antinihilista*, Siglo XXI editores, México.

Gómez Dávila, Nicolás (2003) *Notas Villegas* editores, Bogotá.

Gómez Dávila, Nicolás (2005^a) *Escolios a un texto implícito I*, Villegas editores, Bogotá.

(2005b) *Nuevos Escolios a un texto implícito II*, Villegas editores, Bogotá.

Hadot, Pierre (1998) *¿Qué es la filosofía antigua?*, F.C.E. México.

Hadot, Pierre (2006) *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*, Siruela, Madrid.

Meléndez, Germán (2015) *Filosofía como forma de vida*, en *Motivos filosóficos, una introducción temática a la filosofía* Hoyos, Luis Eduardo, Mejía, Andrea (Eds.) Universidad Nacional, p. 41-57 Bogotá.

Ordine, Nuccio (2015) *La utilidad de lo inútil*, Acontilado, Barcelona.

Rabier, Michaël (2017) *Sobre un modo gomezdaviliano de escribir (y de leer)* en *Entre Fragmentos. Interpretaciones gomezdavilianas* Casa de Asterión Ediciones, Pereira.

- Serrano Ruiz, José Miguel (2015) *Democracia y nihilismo. Vida y obra de Nicolás Gómez Dávila*. Eunsa, Pamplona.

Serrano Ruiz, José Miguel (2018). *El Valor de lo inútil: comentario sobre las Notas de Nicolás Gómez Dávila*, en *Facetas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila* (Juan Fernando Medía Ed.) Editorial Universidad Javeriana, Bogotá.